

# CRÓNICAS SUBURBANAS

# CRÓNICAS SUBURBANAS

FRANCISCO ALEJÁNDRO MÉNDEZ

---

libros  
mínimos  
narrativa  
3



Edición al cuidado de Julio Serrano Echeverría y Alexis Gómez

©2000 Francisco Alejandro Méndez ©2007 Editorial Libros Mínimos

w w w . l i b r o s m i n i m o s . o r g

Queda prohibida la reproducción de este libro con fines comerciales. Esta obra está protegida por la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos de Guatemala

(Decreto No. 33-98)

y bajo una licencia de Creative Commons



## ÍNDICE

MORGAN.....	6
EL GRAN FASCINADOR.....	16
YO, JAIME.....	26
UN CUENTO PARA NOCHES FRÍAS.....	37
ANTONIETA, MI AMOR.....	46

*Las personas quieren ser amadas,  
hasta por su verdugo.*  
Rubem Fonseca

## MORGAN

*A Marco Antonio Flores*

Muchos han opinado de su suicidio, pero hasta la fecha nadie ofreció una versión que pudiera esclarecer por qué Morgan, el gato pirata, se lanzó completamente ebrio del quinto nivel de un hotel en la playa.

Llegó a regalarse a la casa un domingo lluvioso por la noche. Mejor dicho, cayó al patio trasero de mi apartamento ubicado en la terraza de un edificio viejo. Allí quedó atorado entre el baño y un corroído tonel lleno de agua de lluvia.

Yo estaba acostado en mi habitación cuando un golpe seco acompañado de un alarido me hizo romper con la película policiaca. Por unos momentos pensé que el ruido había surgido de mi mente o de la maldita televisión, pero el maullido del inesperado visitante cambió mi suposición. Desnudo, linterna en mano y con un bate de béisbol caminé hacia el patio. Allí estaba: un cuerpo negro, negro, iluminado por blancos difuminados en el largo torso del animal con resplandecientes amarillos, casi naranja, entre las

orejas y patas traseras. Era una bola de pelos humedecidos. Su hocico destilaba vaho de vientre de rata preñada. La cola, que por momentos dibujaba la clave de sol, estaba cortada, quizá por la descarga eléctrica de algún cable. Un ojo ciego, que en lugar de pupila tenía aún los restos del colmillo de un perro callejero.

Cuando le lancé la bocanada de luz clavó su ojo sano en mí. Estaba iluminado. Sentí al demonio en persona. Sin embargo, cuando lo vi desangrándose me conmovió.

Un poco por curiosidad, traté de ser amigable, pero al intentar acariciarlo lanzó una tarascada, que al impactar con el tonel, hundió las garras y produjo ese maldito ruido que destiempla los dientes.

Pensé en acabarlo de una vez por todas con el bate de béisbol, pero cuando estuve a punto de asestarle el golpe en la cabeza, escuché disparos y luego una ambulancia. Me contuve. Di unos pasos hacia la pared y eché un vistazo para abajo. La calle estaba vacía, los disparos continuaban.

Sigilosamente observé con más atención, pero la lluvia había hecho que desde hacía horas todos desaparecieran del escenario callejero nocturno.

Agucé un ojo, como queriendo tener más alcance, hasta que me percaté que los disparos salían de la estúpida película mexicana de décima categoría. Estúpido gato, pensé. Volví la vista al

animal. Esta vez estaba más dócil, pero era imposible acercarse, sus garras estaban bien afiladas.

No pude más. Le grité que se pudriera allí mismo y regresé a mi habitación. Allí estuve dos días bebiendo cerveza, consumiendo coca y fumando crack.

El primer día escuché durante toda la mañana los alaridos del gato. Por su llegada inesperada y su aspecto piratesco, lo bauticé como Morgan.

Cada vez que maullaba le gritaba Morgan estúpido callate o te rompo la madre, hijueputa. A mediodía no soporté esos berridos que me recordaban inmediatamente los de los recién nacidos. Por cierto, en el piso de abajo vivía una familia con una bebé que tenía más pulmones que el cerdo de Pavarotti. Agité una cerveza y la vacié en todo el maldito gato. Casi se me rompe el estómago de la risa, pero valió la pena porque el gato se silenció por más de dos horas. Entrada la noche, un pusher llegó a proveerme del monte, polvo y piedras. Le di unos centavos de más para que comprara unas cervezas en la tienda de la esquina y le pregunté que cuánto me cobraba por matar al gato.

Como se rehusó a lo último le dije que era un cobarde y que por esa razón no viajaría conmigo al mar. Junto a otros cuatro amigos tenía planificado ir al Pacífico a emborracharme y fumar todo lo que se me pusiera enfrente.



Al día siguiente, cuando bajé de un viaje alucinado de la piedra filosofal y la televisión estaba a punto de quemarse, salí a orinar al patio. Había olvidado a Morgan, pero cuando estaba sacudiéndomela, ronroneó a tal grado que me excitó. Su cara parecía estar pidiéndome una cerveza, no importaba si estaba fría o no. Dámela por favor, leí en su ojo. Pero esa mirada, contraria a la que había aterrizado dos días antes, era idéntica a la de alguien que necesita quitarse la resaca.

Volví a mi cuarto. Encontré dos latas de cerveza entre la hielera y las vacié dentro de una palangana de metal donde ponía a secar la hierba. Me entretuve tras aspirar la última línea de coca que quedaba sobre el espejo roto y salí a ofrecerle el bendito líquido a Morgan.

Se lo serví como que hubiera sido la mascota de toda mi vida. El gato, aún trabado entre el tonel y el baño, lamió las dos cervezas hasta casi acabarlas.

La barriga del animal se infló. Saqué agua del tonel con el mismo trasto donde bebió el gato y luego lo moví un par de pulgadas. El animal salió disparado, pero la borrachera hizo que tropezara con la lavadora y luego contra la puerta. Eso me causó risa.

Morgan cruzó la puerta y se dirigió hacia mi cuarto. Descargué varios guacalazos con el agua del tonel sobre mi cabeza. De esa manera

aproveché a darme de una vez por todas la ducha que me hacía falta desde casi un mes. Con un trapo viejo sequé mi cuerpo y caminé hacia adentro.

Morgan lamía unas latas de cerveza y cuando me vio saltó hacia el ropero. Lo ignoré. Pasé un buen tiempo haciéndome el loco hasta que recogí una de las latas y la estrellé contra el vidrio del mueble. El gato saltó de nuevo, pero esta vez se estrelló contra el piso. Algo atormentado corrió y se metió debajo de la cama.

Terminé de vestirme. Fumé un par de cigarros y cuando iba a encender el tercero el pusher tocó la puerta. Para evitar salir de mi habitación me ideé un sistema que consistía en un largo cordel amarrado que salía del cuarto hacia la terraza. Cuando yo tiraba de ella, botaba una cubeta de metal, donde estaba la llave. Ésta caía justo a los pies del pusher.

Tras subir los tres niveles, entraba sofocado a mi habitación y me aventaba el material a la cama. Yo le pagaba con la condición de que arreglara la cubeta y la pita y metiera la llave dentro.

Esta vez antes de pagarle le dije que el gato estaba bajo la cama y si lo mataba le pagaría el doble. Se agachó y con sorpresa me dijo que para qué quería yo quitarle la vida a ese gato indefenso. Le pregunté si lo mataría o no o que se largara a la mierda. Se largó.



Cuando destapé mi cerveza el gato salió de abajo de la cama. Esparcí un poco de líquido en el piso y lo lamió a toda prisa. Se sacudió los bigotes y me echó una mirada feroz. Nunca nadie me había amenazado así dentro de mi casa. Eso me gustó. Destapé otra cerveza, fui por la palangana y la vacié. Así transcurrieron varios días más hasta que ambos estábamos con una goma de once mil demonios.

El pusher llegaba a mi cuarto. Le pagaba. Iba a traer otras cervezas. Yo le pedía que matara al gato, pero él únicamente se llevaba un sobre dirigido a una revista donde publicaba mi columna. El mismo pusher me traía la plata, porque los artículos salían con un seudónimo. A veces me traía el dinero, otras la piedra o el polvo. Yo no tenía ni la menor idea de cuánto me pagaban por cada artículo. Solamente estaba seguro de que de las ciento cincuenta líneas que escribía semanalmente, por lo menos una tercera parte servía para cuatro cajas de cervezas.

Como nunca aceptó matar al gato y yo me estaba hartando del animal, le dije al pusher que no volviera a llegar a casa hasta que tuviera los huevos suficientes para matarlo. De paso, que me dejara la droga y un adelanto de dinero por las próximas dos columnas. Yo estaba listo para ir al mar y pensaba llevarme al gato.

La cola ya no le sanó. Opté por cauterizársela. Aproveché un momento en que ambos estábamos ebrios. Yo, claro, pasado y casi hasta el hule, como dicen por aquí, de coca en la cabeza. Con la llama de un mechero le quemé la herida hasta que el calor la cauterizó.

Morgan me lo agradeció con un zarpazo en mi pierna. Le di otra cerveza y olvidamos todos los rencores. Traté de extraerle el colmillo de perro, pero aposté a que era tarea para un cirujano. Opté por ponerle un parche en el ojo y de paso lo sellé con dos onzas de ron.

Ambos pensamos en el desperdicio del alcohol, pero finalmente desapareció la sangre del ojo. El parche le quedaba como anillo al dedo. Me divertía cada vez que Morgan tropezaba con las latas o las botellas vacías de cerveza o cuando amanecía con ruidos en el estómago, que más parecía una orquesta de jazz en decadencia.



El jueves por la noche pasaron mis amigos por mí. Yo estaba hasta las cañas de marihuana, así que bajé vestido únicamente con un pantalón corto. Antes de arrancar me percaté de que había olvidado al gato. Les pedí que me esperaran y fui prácticamente a capturarlo. Cuando intenté meterlo dentro de la caja de zapatos, lanzó zarpazos tal como los había tirado cuando llegó.

Destapamos seis cervezas. Una para Morgan y cinco para nosotros, pero cuando apenas llegábamos a las afueras de la ciudad tuvimos que hacer lo mismo con otro sixpack.

Llegamos de madrugada al mar. No había luna. La maldita ley seca impuesta por algún tarado que se creyó iluminado había provocado que todos los antros estuvieran cerrados. Nosotros no éramos tan imbéciles, así que antes llenamos el baúl de cervezas y de licor. Con la marihuana y sus similares afortunadamente no hay ese tipo de atroñas secas ni nada por el estilo. Por el contrario, cuando bien nos va hasta happy hour encontramos.

Saqué al gato cuando apenas estaba acostumbrándose a la caja. Cuando vio el mar se le erizaron todos los pelos. Retrocedió y se cayó dos veces por la babilónica borrachera que le había propinado. Menos mal que solamente tenés un ojo, con los dos te hubiera dado un infarto, maldito.

Pasamos fumando el resto del amanecer hasta que el sol empezó a molestarnos. Llegamos a un hotel. Pedimos dos habitaciones para los seis. El maletero me dijo que no era permitido el ingreso de animales. De inmediato le expliqué que el gato no venía conmigo y que si quería lo sacaba a patadas. Pidió disculpas y me dijo que él mismo lo sacaría más tarde. Previendo que ocurriera otra situación, bajé con una toalla al lobby.

Busqué al gato que tenía las marcas de zapatos en la espalda. Estaba con la boca abierta tirado en la banqueta de enfrente. Le dejé caer un poco

de cerveza, lo envolví en la toalla y subí al quinto piso, donde estaba mi habitación.

Dos horas más tarde fumábamos todos y Morgan bebía cerveza. Estuvimos metidos otros tres días dentro del cuarto hasta que mis amigos comenzaron a enfermarse. A uno le dio la pálida. Vomitó durante casi un día hasta que una ambulancia se lo llevó. Otro dijo que iría al hospital porque sentía que tenía clavada una espina de pescado en la garganta. El tercero decidió regresar en autobús a casa, pero antes de llegar quedó internado en una clínica, donde le inyectaron suero.

El otro, el piloto, estaba desmayado. Parecía que todo lo que esto significaba era que yo tendría que pagar la cuenta, así que pensé tomarme la última cerveza, sacarle las llaves del auto a mi amigo que estaba tirado en el piso y regresar a mi casa a continuar fumando.

Saqué dos cervezas de la hielera. Morgan ya no caminaba, solamente se arrastraba con dificultad. Vacíé una cerveza en un tarro y lo coloqué sobre la mesa. El gato brincó como que hubiera sido una olimpiada de salto alto y comenzó a lengüetear sin misericordia.

Yo también me sentía mal. Con la cerveza en la mano abrí la ventana, caminé al baño y tras permanecer un buen tiempo sentado en la taza del inodoro me levanté sin ver nada mío flotando en las aguas.

Me percaté que el tarro de Morgan estaba vacío, pero también vi la sombra del animal que se paró

en el balcón de la ventana y se aventó al vacío como saltador de bungee.

Ni siquiera me volteó a ver. Se tiró el maldito. Estaba casi seguro que no se salvaría del tremendo vergazo que se pegaría justo en la puerta principal del hotel.

Destapé otra cerveza. Metí cuatro más adentro de la hielera, tomé las llaves del auto, cogí unos anteojos oscuros y me largué de ese calor infernal. Antes de salir, el botones me dijo que tenía una llamada.

Era el pusher. Se había decidido a matar al animal y llegaría al lugar que yo le dijera. Imbécil, le dije, ya se murió solito. Colgué el teléfono y le dije al portero que el amigo que permanecía en la habitación pagaría la llamada y la cuenta. Antes de subir al auto observé cómo entre dos conserjes metían el cuerpo del animal dentro de un papel periódico, que en una de sus páginas anunciaba el lanzamiento de una nueva marca de cerveza.

Ciudad de Guatemala, 1999

## EL GRAN FASCINADOR

El Gran Fascinador descansaba recostado sobre la cama de arriba de la litera de concreto. Fumaba la última colilla de cigarro. Cada vez que el humo explotaba contra el techo, su maliciosa sonrisa mostraba los blancos e inmaculados dientes afilados.

De repente arqueó los labios cuando se percató que esa última colilla, ya tirada en el suelo gimió por no estar más ya entre sus dedos. También se percató que la pared quiso conservar partículas del humo que salieron de sus labios.

De pronto, el crujir de las rejas lo distrajo. Uno de los guardias pegó una patada en la cadera de su nuevo compañero de celda. Un individuo, renco, moreno claro con la piel tapizada de tatuajes, se desplomó sobre el agujero acondicionado como inodoro. El mismo tipo maldijo al policía, quien aseguró con un candado la suite de los dos reos y se marchó con una sonrisa que casi degüella su cara.

El Gran Fascinador, con un ágil movimiento y partiendo de la posición de lagarto asoleándose, tomó la de un perro echado en zaguán, es decir,



de medio lado. Su mirada fusiló al nuevo compañero de celda. Sus ojos, como scanner, repasaron cada resquicio sucio y maloliente del recién llegado. Este, hipnotizado por alguien que, sin poderse explicar por qué, observaba tendido en la cama de cemento como un ser fascinante.

Me caés bien, le sonrió El Gran Fascinador, con una entonación suficientemente convincente. No era esa voz paternal e implacable, sino aquella inigualable que pudo haber salido de dios (de no haber sido afónico).

—Dormite un rato. Luego nos las ingeniaremos para obtener dinero. Por mi parte, estoy completamente limpio, ¿y vos...?

Cuando el otro pensaba qué responderle, El Gran Fascinador dirigió su índice derecho a sus labios y, con la sutileza de una orden proveniente del más alto rango militar, lo conminó a que no contestara a la pregunta. Sus cejas gesticularon un rechazo total a todo lo que pudiera salir de la boca del que estaba de pie tratando de equilibrarse frente a él. Retomó la posición de cocodrilo: los ojos fueron parpadeando hasta que ya no se abrieron más.

El renco obedeció. Se recostó sobre la plancha de cemento que fingía ser una cama. En el instante en que iba a conciliar el sueño, sintió dolor en su pierna izquierda, la única que tenía. En el sitio de lo que había sido su extremidad, descansaba la prolongación de una prótesis sin bronceado.

En ese momento sintió como si un rayo cayera sobre su triste figura: una reverberación del golpe propinado por el guardia le estremeció la cara. Trató de emitir la palabra precisa para quejarse con su compañero, para expresarle su dolor y rabia de haber sido capturado de nuevo, pero su fuero interno le recordó la orden de permanecer en silencio.

Su ojo izquierdo se acostumbró a lo tenue del ambiente. El derecho tampoco estaba. En su lugar bailaba una esfera blanca, que reemplazaba al que le había sido arrancado por los buitres cuando se reponía de una borrachera.

Ese que está allá arriba es un gran tipo, se dijo inconscientemente, sin saber exactamente por qué de nuevo había pensado en él.

Gracias, hermano, yo también ando limpio, intentó gritar, pero también se contuvo mientras su única pierna acariciaba el cielo raso de la cama de arriba. A El Gran Fascinador no le hubiera importado lo que él pensara; tampoco si estaba agradecido por la invitación que le hiciera para obtener plata al día siguiente.

Un silencio total se apoderó de la celda. El Grillo contuvo la respiración. Por más que trató no escuchó la de El Gran Fascinador. Ha de morir cuando duerme, volvió a decirse con palabras que fueron tragadas por sus labios. De las celdas vecinas se escuchaban murmullos, retumbos y el

necio ritmo de un pica hielo abriendo un agujero clandestino en la pared del confinamiento hacia el reino de la libertad. En algunas cuerdas el humo de marihuana y de crack huía prófugo hacia el firmamento. En la celda de la esquina, la última del corredor, un radio reproducía música salsa a alto volumen. Las luces del pabellón se apagaron. Una sirena trinó. Como en un cuadro de Goya, la cárcel se transformó en un animal nocturno herido, agazapado, lamiéndose las heridas provocadas por un depredador. El negro, como todas las noches, se adueñó de cada rincón de la penitenciaría.

Antes que amaneciera, El Gran Fascinador descendió del camarote. En ese momento la sombra que se reflejaba en la pared mostraba a una serpiente reptando hacia un ratón, inminente presa hipnotizada. Se detuvo y aterrizó con la delicadeza de un paracaídas en la cama de su nuevo compañero. Tomó la posición de mono: sentado. Se acercó con propiedad a su compañero y le ordenó: Tememos que hacer algo. Ya te lo dije. Estoy limpio.

Vos estás loco, le intentó reclamar el tuerto. Vengo llegando y ando igual o peor que vos. No tengo nada, pero de sus labios únicamente salieron palabras cargadas de obediencia y prestas a aceptar lo que le ordenara esa voz. Entiendo perfectamente lo que pensás y dejame decirte que

francisco alejandro méndez

sí que lo tenés, lo amenazó el héroe al mismo tiempo que se acercó al desfigurado rostro de su víctima. Quitate ese falso ojo. Yo veré cuánto consigo por él.

Mi nombre es Luis, pero me dicen Grillo, apuntó mientras se incorporaba para descubrir la figura de El Gran Fascinador. Se incorporó y rengueó por el estrecho corredor frente a la litera. Su figura desprendió una torpe sombra en la pared. El Gran Fascinador recordó la imagen de los chacales paseándose de un lado a otro en las jaulas de los zoológicos (Algunas veces circulan con pasos cortos; otras con trotes torpes y sin cadencia). El Grillo se detuvo frente a un agujero con aspiraciones a mingitorio. Cuando terminó de orinar contempló su maldita silueta frente un pedazo de espejo incrustado en la pared. Acercó los dedos medio e índice de su mano derecha a su rostro. Ambos dedos hurgaron entre su carne y extrajeron la pelota blanca de su cavidad ocular. En el suelo había papel periódico. Seleccionó el menos sucio. El Gran Fascinador se percató que de la cavidad vacía del Grillo corría un líquido amarillo. El tuerto lavó la sucia circunferencia con las gotas de un agua maloliente que poco a poco salía del chorro ubicado a la par del agujero donde aún chorreaban gotas de su orina. Con un pedazo de periódico limpió su ojo, o lo que siempre

consideró como tal. Lo envolvió en otra hoja y se lo ofreció a nuestro héroe. El Gran Fascinador lo metió dentro de la bolsa de su pantalón. En ese momento la sirena volvió a trinar en todo el presidio. A los dos minutos se encendieron las luces y, a las cinco, los guardias abrieron todas las celdas.

El Grillo y nuestro héroe caminaron hacia las duchas. Al primero le correspondió bañarse en el pabellón de los nuevos. Se desvistió y dejó al descubierto su pierna sintética. Con el agua fría lavó la cavidad ocular ahora al descubierto. Sintió el olor del líquido amarillo resbalándose por su cara, cayendo de la barbilla a su pecho; luego, deslizándose hacia su vientre, para encallar en su pierna de mentiras y desaparecer en el caño. Recordó las primeras gotas que derramó en la celda: seguramente se juntarán más adelante, pensó el Grillo.

Durante todo el día el Grillo buscó a su compañero, pero no lo encontró por ninguna parte. Ni en la lavandería, el gimnasio, el comedor, los campos deportivos o la carpintería. Antes del almuerzo, el Grillo fue a la capilla. Nunca rezaba, pero sabía perfectamente que era un lugar ideal para comprar drogas, cuchillos, revistas pornográficas o, simplemente, comprar favores. El capellán era el mago del mercadeo con todos los presos. Cuando la sirena avisó que era hora de almorzar,

enfiló hacia el sector del comedor, pero convencido que allí no encontraría a su socio en la venta del ojo postizo.

Mientras tanto, a pocos metros, pero escondido entre pasadizos y falsas habitaciones, El Gran Fascinador charlaba con el representante de los presos. La escena que perfectamente se desarrolla sucedía cuando ese tipo que incluso era más importante que el director del presidio y el ministro de seguridad, mostraba su mano a nuestro héroe.

Aquel hombre —que por cierto era un reo condenado a cadena perpetua por estafar al fisco, tráfico de influencias y sindicado de asesinar a varios comerciantes, conocido en el bajo mundo como Santo Negro, defensor de los corruptos— se maravillaba con las revelaciones que nuestro héroe le ofrecía tras las lecturas de las líneas de su mano. Nunca pagaba un centavo por esa noble labor, pero a cambio El Gran Fascinador tenía la total certeza que no recibiría atentados por no pagar los impuestos dentro de la cárcel.

La escena reflejaba también al típico Santo Negro rodeado de un séquito de sicarios, proxenetas, guardias de presidios y más de algún fortachón que algún día desaparecería cuando sus servicios fueran prescindibles.

El cuadro era inconfundible: cortinas celestes y rosadas, una televisión de 40 pulgadas que arrojaba una película de policías y ladrones, pero en la que ganaban los segundos; fax, celulares, botellas de whisky y en el fondo la efigie de San Simón.

Santo Negro desparramado en un asiento reclinable; El Gran Fascinador apostado en un banco de madera y todos los demás con la mano cerca de la pistola por si se ofrecía (no fuera que nuestro héroe hiciera un movimiento indebido y pum, pum, pum), el ceño fruncido y cada uno con su alma de traición.

El Gran Fascinador tomó su mano con suma delicadeza. Con una ráfaga de pupila a pupila le enfrió los ojos. Sus dedos acariciaron la palma de la mano derecha. El índice giró por sobre sus marcadas líneas. Resbaló su mano izquierda, que sostenía la de Santo Negro. Lanzó otra mirada hacia la camisa a cuadros que ocultaba una escuadra. Volvió a cruzar los ojos con los del Santo y lo interrogó con malicia: por qué hiciste abortar el bebé que llevaba en su vientre la secretaria del director (Santo Negro se bañó de sudor; su rostro se tornó vulnerable, las manos lo delataban; El Gran Fascinador lo sabía perfectamente). Pronto obtendrás tu libertad. Uno de los hombres que está dentro de este recinto intentará traicionarte, pero lo matarás antes de que eso ocurra. Acepta comprar los objetos que te pidan.

Cuando El Gran Fascinador terminó su trabajo hubo silencio total. Uno de los guardaespaldas intentó huir, pero fue abatido por la veloz arma de Santo Negro. Los otros recogieron el cadáver sin quitarle la vista a nuestro héroe, quien

no se inmutó. Con una mirada de felino se acercó a Santo Negro y lo conminó a que le comprara un objeto que pronto le mostraría. Lentamente deslizó su mano hasta el aún hediondo papel periódico. Lo extrajo de su bolsa pero sin quitarle la vista a cada uno de los matones, incluso al que estaba apostado en un rincón, esperando su turno en el horno del sector de la herrería. Con la pericia de un mago, abriendo el papel periódico, ahora pañuelo a la vista de todos, mostró la esfera. Santo Negro soltó una carcajada. Recordó las predicciones quirománticas que momentos antes le había advertido nuestro héroe.

De una caja de metal sacó cinco puros de marihuana y dos billetes de la más baja denominación. Se los tiró con desgano y de inmediato le ordenó que se desapareciera. Sus colegas y súbditos maleantes lo condujeron a través de los pasadizos hasta que abrió una sucia puerta a la par de la oficina del director del presidio. Santo Negro ordenó al proxeneta que lanzara al tejado la asquerosa esfera manchada de amarillo. El súbdito obedeció de inmediato; la tomó con la mano que conducía a los adolescentes hacia el despeñadero.

Santo Negro sonrió cuando escuchó el impacto de la chibola de vidrio en las asoleadas láminas de zinc. Luego la imaginó deslizarse por el canal de metal y caer en el tragante de las aguas negras.



Muchos reclusos también oyeron rodar por el techo el ojo del Grillo, pero nadie se comprendió de qué se trataba. El propio Grillo también la oyó, pero tampoco adivinó qué ocurría cuando las láminas de zinc estremecieron el comedor y reflejaron la sombra de una enorme pelota cayendo al vacío.

El Gran Fascinador también escuchó, pero él sí sabía perfectamente de qué se trataba. Tomó la pose del tigre: al acecho.

Antes que anocheciera la mirada del Grillo con la de nuestro héroe se entrecruzaron. Ambos caminaron sin decirse una palabra hacia su celda. Cuando el guardia cerró el candado y se alejó degollándose la cabeza con una carcajada, el Grillo preguntó por la venta de su ojo. Como respuesta recibió dos puros y un billete. Ambos fumaron sin hablar hasta que el sueño los venció. Justo en el preciso momento en que el Grillo iba a dormir escuchó que de arriba, la voz pegajosa, quizá por el efecto de la marihuana, le ordenaba: prepárate, mañana vendemos tu pierna.

Alajuela, Costa Rica, 2002

francisco alejandro méndez

**YO, JAIME**  
**( FRAGMENTO DE UN TODO IMAGINARIO )**

*Si se comen mi carne los lobos,  
no podré robarles la mitad...*  
Sui Generis

*Ruco tuanis que 'stas con la mara  
Bien jevi sea tu nombre  
Ven con la brosa  
Hágase tu voluntad  
Aquí en la chantle  
Como en la chamba.  
Danos hoy nuestro toque de cada día  
Perdona nuestra mala nota  
Como nosotros también perdonamos  
La onda gruesa del carnal.  
No nos dejes caer en maldición  
Y libranos de la tira  
EIMEN.*

—Dios te salve María, llena eres tú de gracia...  
*Dios te salve María, llena eres... Me tienen harto de lo  
mismo todos los días. Yo no sé cuál es esa gana de estarlo*

*chingando a uno todas las mañanas. Rezar y rezar antes de entrar y salir de clases. Ya-no-lo-soporto.*

—Vos, Mario pisado vení. Ojalá que te hayás acordado del puro que te pedí. Si no, hoy sí te vas horrible.

*Eso sí. Se los traigo solamente porque Jaime es el único que me paga bien la marihuana. Los demás son tan llorones. Aunque a decir verdad, Jaimito como que me da un poco de nostalgia. Desde que le vendo la hierva, siempre ha sido de hierro el muy cerote, como que no le cala en el cerebro. Hasta creo que le ayuda para que no le den esos sus ataques de eplicepts, eplicletps, epilepsia, o como putas se diga esa mierda. Claro que recuerdo, es como a los cinco o diez minutos del primer jalón que se siente mejor. Cada vez que le pone a la mota como que se le sale esa su maldición.*

—Bueno, bueno, señores, a claze. A claze todos. No digo pues, que ese españolito sotanudo ya no lo aguanto. Con ese su hablado, más parece que se hubiera quedado sin colmillos.

—Mejor vonós mil veces a la chingada vos Quiko antes que nos dé color la ruca de inglés. Vámonos a dárnoslo al baño. Total, después que me fumo esta cabronada hasta más fácil se me hace pronunciar *No it's okey*.

francisco alejandro méndez

—Sacá fibra pues, Quiko. O te apurás o nos va llevar la chingada. Metete allí adentro hombre. No seás mula mano, cerrá la puerta.

—Dame fuego Quiko. Dame lumbre porque no traje mi mechero.

—Ufff. Gracias maestrísimo. Pero fijate de una vez que si nos va de a huevo en esta vida vendiendo esta mierda y medio atarantados. Sin ningún canal de... Puta, vos, esta mora está fuertísima. Me fui hasta Júpiter. Uuula, uuuula. Para ser el primer toque de cada día no está mal, verdad maese. Yo no sé si Mario la compra en el Gallito o en la Six, pero está de antología.

—Solamente que. Solamente que no te la fumés toda. Dejame un cachito siquiera.

*Ya te la acabaste mano. Forjemos otro, pero rápido. Apurate, apurate por poor porrrqu poorrquue la-ven-de-do-ra-derri-pio-la-me-tie-ron-al-tam-bo. Es-tá-en-pri-sión. Esta prisión. Sí, no, sino, no vamos a salir nunca. Nun-ca.*

—Jaime. Vos Jaime levántate. No temblés de esa manera. No seás mula no me hagás llorar. Te van a ver tirado los demás cuando entren al baño. Levántese maestrísimo. No se ponga tenso. Si no se va a tragar la coca. Levántese. Levántese. No se tense. Se tense. No se estrese. No. No. No. No se muera carnal. No se me muera mi hermanito. Auxilio. Uxilio. Este compadre se está palmando aquí en el baño. miss. miss. Muchá. Muchá. El Jaime

se nos está yendo. Como que se está yendo. Fíjense que estábamos en el baño meando cuando se fue para atrás y se puso tenso, tenso. Ja, ja, ja, ja. Vengan muchá. Que venga alguien ahorita o se nos palma el Jaimito.

*Good morning, good morning* señores. Tengan ustedes la bondad de hacer silencio *please and sit down*. Ustedes son unos mocosos de pocos años de existencia y deben aprovechar todo el tiempo posible. Primero que nada voy a pasar lista. Ah, pero quiero decirles que a partir de la otra semana solamente les voy a hablar en inglés. Más vale que se vayan acostumbrando.

—¿Arruelo, Jaime?

—No está miss. Anda en el baño.

*No está miss, anda en el baño. Ese Escopeta cómo es de culebra. Qué tiene que estar metiendo su cuchara donde no le incumbe. Va a quemar a esos dos locos que se están quemando en el baño.*

—¿Barrientos, Justo?

—Presente, miss.

—¿Cañón, Enrique?

—Presente, miss.

—¿Laguardia Pérez, Roderico?

—Tampoco está miss. También anda en el baño con el Jaime.

*Sigue ese culebrón. Ojalá que cuando la vieja lo mande a buscar al baño a esos dos locos le peguen una buena*

francisco alejandro méndez

*tranqueada. Eso es lo que se merece ese cara de cucaracha fumigada.*

—¿Puertaparada, Mario Raúl?

—¿Puertaparada, Mario Raúl?

—¿Puertaparada, Mario Raúl?

—¿Es que no me escucha? Le estoy diciendo su nombre y usted no me contesta. Por qué me mira de esa manera. Parece un loco, *oh my God*. Como que estuviera hipnotizado, véanlo. Qué conteste presente, le digo. Responda o lo expulso ahorita.

*Me pica la chiche, me pica la chiche, me pica, me pica, me pica. Esa vieja no se está sosegada. Me pica la chiche me pica me pica me pica.*

—Esta es la última vez que le hablo de esa manera. La próxima lo echo para siempre de mi clase para que la pierda y tenga que repetir el grado. Puertaparada, usted parece un enfermo mental. Sálgase del aula en estos momentos. Se sale porque no lo quiero volver a ver más por aquí. Escobedo: apúntelo en la lista y le pone el asterisco de diez puntos menos...

—Por más que me concentré, no conseguí que la gorda de inglés se rascara los pechos. Falló la maldita psicoquinesis. Al menos logré que me sacara de ese cuchitril atascado de culebras y arrastrados. Ahorita mismo les voy a hacer yemas al Jaime y al Quiko.



Duérmase, mi niño, duérmase Jaimito, que si no se duerme, se lo come el lobo. Duérmase, mi niño, duérmase, ya, ya.

A ver mi muchachito: Ángel Santo de mi guardia, sé mi dulce compañía, no me dejes solito ni de noche ni de día.

Ni me dejes solito, papá, papá no le pegue a mi mamá. Por favor, se lo suplico. Ella solamente me estaba acompañando a rezar antes de dormirme. Ya no le arañe la cara papá, papá, no es necesario que la lastime. Ella solamente me decía que fuera un buen niño. No le pegue papá, mejor deme la bendición.

Mamá, mamá, no se deje. Allí en la mesa de noche están la pistola y la escuadra de papá. Ahora que está completamente borracho, hágalo, dispárele. Yo lo he visto cómo lo hacen en la televisión. Mamá, si usted no se atreve, yo lo puedo hacer. Pero no me regañe mamá. No me pegue, yo no la he golpeado como lo hace mi papá. Yo la quiero muchísimo y tampoco voy a sacar la escuadra de la mesita de noche, aunque los niños de la televisión sí lo hagan. Yo la adoro madrecita, pero no se quede tirada por favor. Levántese.

Cuida a mi papaíto, cuida a mi mamaíta, a mí y a todos los niños de Guatemala. Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor... En el nombre del Padre, del Hijo, del...



*¿Y la enfermera? Me pregunto qué pisados está pasando. El maldito Wesley-pusher ya no tarda en venir.*

—Enfermera, mi primo Wesley está en la sala de espera. Recuérdese que solamente él tiene derecho a venir de visita al sanatorio. Así es que no le ponga ningún obstáculo para que ingrese a mi habitación. *Date prisa maldito pusher. Pero si apenas son dos gramos los que me trae ese hijueputa. Por más que aprieto con mi brazo izquierdo, el menos pinchado, los dos billetes de a cien loros, no se apura ese desgraciado.*

*Todo está arreglado: él se sentará en esta cama de hospital. Me traerá uno de esos malolientes periódicos. Pero no te alebrestés enfermera puta. Allí no viene la coca.*

*...Sí ...Él hablará más que todo puras pajas y me traerá saludos de familiares que en mi vida he visto, ni existen tampoco. Sostendré entre mis dedos los billetes y él me pasará el polvo en el momento en que nos estrechemos las manos cuando nos despedamos.*

*Claro. La enfermera revisará el diario, el cual nunca, nunca, voy a leer. Bueno, es que ese papel ni para forjar un puro sirve. En un pequeño descuido de esa gendarme de blanco, guardaré el grillo debajo de la almohada. Más tarde y sonriente, el pusher se irá. Durante el resto de mi vida volveré a saber de su existencia.*

*El día en que me venga a visitar el verdadero primo Wesley, con su biblia bajo el brazo, voy a gritar para que los enfermeros lo saquen a patadas de aquí. Sí... les diré que me estaba incitando a fumarme la pasión de Mateo. Maldito evangélico.*





*You should be dancing, yeah, yeah, haa, you should be dancing.* Muchá, ese Jaime es la pura nota para bailar. Hijueputa ese. Dónde aprendiste a bailar así, en el Twist, en las Idalias, o donde las Maritzas.

La última vez que lo vi moverse de esa manera fue cuando nos íbamos a coger a la cholera de los Toraya. Recuerdo que fue el mismo Jaime quien pasaría primas para cogérsela. Pero no dejó que ninguno rolara después y se pegó una enamorada de la tal Yara. Qué colgazón era esa, parecían dementes. La arañaba. La pateaba. La besaba. Era una furia implacable. Sí, era rutinario y demencial. Qué épocas, todos salíamos con nuestras traiditas. El Manuel con la Ana María; Rolo con la Cara de Pito; Julián con la Chirivisco; Alejandro con la Anaité. Todas las chavas eran de los pelos de la Belga o del Sangrado Cucharón. Solamente la Yara era la única que no asistía a algún colegio o escuela. Cómo iba a hacerlo si no sabía leer ni escribir.



Yara. Yara. Vení. Te quiero enseñar lo que me tatué por vos en el pecho. Recordate cuando te besé la primera vez. Recordate cuando nos fundimos como fideos cocidos dentro de un plato de sopa. Yo te dije que te amaría aunque te volvieras puta o esposa de chafarote. Pero también te dije que te llevaría toda la vida clavada en mi pecho y que jamás te separarías de mí. Recordate cuando me escondías dentro de tu habitación.

francisco alejandro méndez

Esperabas a que los Toraya se fueran a dormir para sacarme del escondite. Acordate cuando trabajaste en la primera casa de putas. Yo fui tu único cliente durante los dos primeros meses. Acordate cabrona que le hice más de doscientos gavetazos a mi abuela para evitar que te cogiera algún hijuelagranputa. Recordate que un día te llegué a buscar con la piel quemada y con tu nombre tatuado en letra de carta, aunque me haya achicharrado los pelos de mis chiches. Acordate cabrona, cuánto te quise.

**Posible capítulo final:**

Honooooooooores, honooooooooooooooooores, zambomba, eureka, cuatro veces oh para el soberano presidente de la república de la eterna mota: el excelentísimo Jaime Arruelo, la primera dama de la traición Yara María de la Concepción Chiquirichapa.

Honooooooooores...

Mirá vos Quiko, ahora que somos ministros vamos a derogar la ley seca y a nacionalizar la mota para devolverle la dignidad a la patria, qué te parece.

Ah, mirá, allí va ese cerote a sentarse en la primera silla del Guacamolón. Puta, mirá, está convulsionando otra vez. La mota, la mota, tenés pastillas para que se atragante una antes que le den golpe de estado los culebras. Ala gran puta, quién putas le puso ese rosario encima de la camisa

típica, con razón le volvieron esos ataques de epilep, eplicep o como putas se diga. Mario, Mario, me estás escuchando.

*Me pica la chiche, me pica, la chiche, me pica, me pica, me pica. Estate quieta maldita gorda embajadora de los Yanquis. Me pica, me pica me pica me pica. Quietecita que me pica, me pica, me pica me pica.*

Vos Mario, ponete de pie no ves que están poniendo las notas del himno, pero con ritmo de blues. Ponete en dos patas parecé caballo, ya dejá esa mierda que la desteñida esa no se rasca los pechos porque son de pura silicona. No seas pendejo.

*Me pican los labios, me pican me pican, me pica, me molesta el kotex, el kotex, el kotex...*

**Posible poscapítulo final:**

Uff. Qué buena está esa mota que nos ofreció el embajador de Colombia, maestros. Es el mejor regalo que ha recibido nuestro excelentísimo presidente de Guatemala. Uff, pero qué buena, casi se parece a la petenera.

Señor presidente, unas palabras para la concurrencia. Qué le parece esta mota. Unas palabras por favor, antes que se devuelva para sus habitaciones.

Yo, Jaime.

Yo, Jaime.

Jo, Yaime.

francisco alejandro méndez

Jo, Y-a-i-m-e.

Jo, jo-jo-jo.

Otro ataque, otro ataque más, denme más  
fuego por favor.

Guatemala, país de la Eterna Mota, 1991

## UN CUENTO PARA NOCHES FRÍAS

*A Franz Galich*

Recuerdo que fue una noche de noviembre cuando entramos abrazados a una de las pensiones del callejón del Fino. Específicamente La Primavera, una antigua casa verde de esquina, que, según me enteré por medio de Guillermo, hace dos meses cambió de dueño. Mi acompañante era una morena de suculentas nalgas, ojos saltones y tetas pequeñas. Usaba un pañuelo blanco en la cabeza, vestía pantalones jeans ajustados. Arriba de su ombligo amarraba las pitas de una blusa blanca con chibolas negras, que la hacían parecer salida de algún conjunto musical de programa barato de televisión.

Durante el corto trayecto recorrido por el autobús, que nos dejó a una cuadra de la pensión, Janeth se mostró como una mujer que nunca ha estado con un hombre en la cama. Lo único que me confesó fue que trabajaba cuidando niños en la zona diez, pero que ese domingo había salido a pasear al centro de la ciudad para conectarse a un chavo tan guapo como yo.

Guillermo era el nombre del muchacho que me atendía los fines de semana en ese motel. Ese joven, del que de boca en boca se decía que era homosexual, recibió siempre una buena propina de mi parte, ya que cada vez que yo llegaba se daba a la tarea de reservarme la mejor de las habitaciones. Esta consistía en un pequeño cuartucho instalado al final de la casa. Las paredes colindaban con la 10<sup>a</sup> avenida “A” y un abandonado garaje de la vecindad.

La tradicional faena incluía sistemáticamente el religioso pago y la ceremoniosa entrega de los implementos que me servían para antes y después de cogerme a alguna fulana.

Era un acto habitual y sencillo, ya que luego de pagarle los doce quetzales, Yemo me entregaba una palangana de plástico, jabón, toalla y papel higiénico rosado casi al borde de la extinción.

Este Guillermo, por quien ahora guardo mucho aprecio, era un joven blanco, retraído y con miles de barros en la cara. Nunca desnudó con la mirada a las muchachas que entraban conmigo, mucho menos lo hizo con Janeth, la morena que casi me provocó un paro cardíaco.

Al entrar al cuarto y entre susurros le conté lo que se decía de mi amigo. Ella me preguntó cómo Yemo había ganado esa fama.

Mientras le metía la mano dentro de la blusa, le expliqué que un chisme de saber quién había

hecho que de la noche a la mañana a este patojo le gustaran los hombres.

—Ese loco, allí como lo ves, en cada uno de los cuartos tiene agujeros estratégicamente repartidos, desde los que observa a los clientes que se devoran con pasión, mamacita —le expliqué a Janeth mientras frotaba sus pequeños pechos tratando de adivinar el espesor de sus pezones.

—Entonces a él no le interesan las chicas como yo o como mis amigas —me dijo mientras tocaba las sucias paredes de la habitación, en las que trataba de descubrir algún posible agujero.

—Su mayor ilusión, dicen las lenguas viperinas, somos los caballeros, pero no vamos a discutir lo que le gusta o no a ese cerote. Mejor empecemos a descubrir lo que nos apetece a nosotros, mi negra —le dije, mientras me trataba de aflojar los pantalones y la camisa.

El cuarto era sumamente pequeño. Solo había la cama semimatrimonial, una mesa de noche de madera, donde descansaba una vieja lámpara de neón, una coja silla de plástico, una ridícula mesa de sala en la que resplandecía el cenicero lleno de chencas y un asqueroso baño sin puerta.

Cuando apenas eché llave a la puerta, Janeth, como un toro tras el capote, se me abalanzó sin decir Jesús. Tenía los labios carnosos y sus candentes besos me recordaron una vieja puta que conocí en Faroles, monumental prostíbulo en el que desvirgaron a varios de mis compañeros.

La morena estaba más caliente que un carbón en chimenea y yo apenas le había tocado las nalgas. El jadeo que hizo sobre mi nuca me convirtió en su presa. No dejó que me quitara completamente los pantalones ni la camisa. Con un brusco movimiento parecido al de un clavadista se lanzó de espaldas a la cama y tras ella caí como edificio demolido. Me empezó a meter mano dentro de los calzoncillos, hasta que con ansiedad se dio a la tarea de apretarme el miembro con tal fuerza que nunca había experimentado esa sensación colindante entre el dolor y el placer.

Como pudo y sin soltarme, con una mano se bajó el calzón y me dijo que no me atreviera a despegarme de ella. Yo no había logrado desabotonar por completo la maldita blusa de combo tropical, así que chupé sobre el sostén.

No me costó nada metérsela, ya que estaba totalmente mojada. En ese instante me ordenó que me moviera para todos lados y con la velocidad de un chajalele.

—Dale papacito. Dale lo más rápido que podás. Hací de caso que te va persiguiendo un chucho —mugió, lo cual me desconcertó y hasta hizo que por mis brazos pasara una ráfaga de escalofrío.

—Esperate mi negra. Vamos con calma, que la onda no es a matacoche —le expresé, pero ya la tenía hasta adentro. Mis ojos empezaron a dar vueltas en círculos de la derecha a la izquierda.



La cama era demasiado pequeña e incómoda. Pies, camotes y rodillas de ambos cuerpos permanecían flotando como barriletes de Santiago. El cuarto estaba completamente oscuro. La maldita lámpara de neón se apagaba a cada instante, por lo que había que darle un manotazo para que volviera a encender.

Janeth parecía estar gozando sola. Daba de gritos al vacío. Podría haber sido cualquiera quien la estaba penetrando. Estaba ensimismada y se regocijaba al máximo.

Yo me distraje con los gritos de patojos que jugaban afuera lo que parecía ser una chamusca de béisbol. Una de las paredes de la pequeña habitación servía de malla, portería, paredón de fusilamiento y hasta de hazmerreír de los muchachos, que apostaban cuál de los clientes usaría aquel cuartucho. Esto hacía que cualquier ruido se colara por las paredes de adobe. Tanto el crujir de la cama, el del bate contra la pelota, los gritos de Janeth y las porras de los jugadores formaban parte del mismo espectáculo, del cual nadie más que nosotros parecía percatarse.

Me costaba moverme de arriba hacia abajo y de la derecha hacia la izquierda, porque pantalones y calzoncillos estaban haciendo presión entre mis piernas. La camisa de seda de mangas largas desabotonada me impedía que pusiera plenamente las manos en las orillas de la cama como para

hacer palanca y darme el empujón que requería esa mujer que se deleitaba extasiada.

Janeth me apretaba el cuello con toda su fuerza, arañaba mi espalda y en ocasiones hasta me tironeaba contra su cuerpo. La luz de la infeliz lámpara insistía en apagarse una y otra vez.

Sudando a chorros, tomé un poco de aire y con la mano izquierda le di un golpe a la bombilla, la que voló por los oscuros aires y explotó en alguna parte del suelo.

—¡Dejala! Yo soy más negra que la oscuridad y te voy a tragar eso que tenés abajo papacito — me repitió en el oído mientras apretaba sus fuertes y largos brazos contra mi cuello.

Lo tenue de la atmósfera me hizo reflexionar un momento. Lo primero que pasó por mi mente fue la angustia. Por más que se la tenía hasta adentro un escalofrío me pasó por el subconsciente, así que giré mis brazos violentamente hacia mis piernas en busca de la bolsa de mi pantalón, donde me esperaban una carterita de fósforos y una cajetilla de Payasos.

—Así, así. Muévase pa'todos lados — me exigió, pero el impulso que realicé hizo que diera una media vuelta y saliera teledirigido hacia el suelo.

El jalón y el miedo hicieron que eyaculara en el aire, precisamente en el instante en que mi espalda partió la mesa, que estaba a la par de la cama.

Janeth, con gimoteos y sollozos, llegó al éxtasis también. Estiró su mano y me la agarró con mayor fuerza que antes.

—Véngase mi'jo, véngase —exigió antes de quedarse sin habla. Me apretó tan duro que por poco me estrangula. A los pocos segundos me soltó y sentí que se desmayaba porque su mano se abrió despacio y quedó estática.

Yo quedé tendido boca arriba. Un fuerte dolor salía de mi espalda y se insertaba en la punta de mi miembro, que entonces estaba semierecto y totalmente exprimido. No podía ni siquiera quejarme. Las astillas de la mesa lastimaban mi espalda, el sucio piso enfriaba mis nalgas y la maltrecha camisa terminó por hacerme un nudo en los brazos.

Traté de despertar a Janeth con gritos varias veces pero no respondió. Intenté levantarme, pero me fue imposible, ya que los pantalones arrugados y enredados permanecían haciendo de esposas en mis pies. Además, estaba agotado por esa relación tan rápida y violenta.

Procuré darme vuelta, pero tampoco lo logré, ya que el poco espacio del cuartucho me aprisionaba y tendía una red imaginaria en todo mi cuerpo.

Uno de los patojos que jugaba pelota lloraba sobre la pared. Maldecía el out que injustamente le cantaron los contrincantes y amenazó a uno de ellos con batearle las piernas.

No podía ni siquiera bufar. Opté por ponerme a llorar de la rabia, aunque la satisfacción se me derramaba entre las piernas. En mis treinta y nueve años jamás me había ocurrido cosa similar.

Estaba maniatado, empapado de semen en el vientre y con una negra desmayada sobre la cama.

No supe si fueron veinte o treinta minutos los que habían transcurrido desde mi trágico descenso al piso, pero Janeth no daba señales de volver en sí.

Después de gastar todas mis fuerzas en levantarme, apenas había logrado colocarme boca abajo. Las piernas me temblaban. De mi espalda salía un asqueroso olor a ceniza y a papel higiénico viejo.

Apenas distinguía la cama que tenía a menos de una cuarta de distancia. Pensé en la lámpara, pero era imposible que sobreviviera al aparatoso golpe. También deseché la probabilidad de encender el interruptor que estaba al lado izquierdo del marco de la puerta de entrada. En el baño tampoco había luz.

Se me ocurrió empezar a golpear la cama con las piernas para que Janeth se despertara, pero más tardé en cansarme que en lograr que la morena se moviera o pronunciara apenas quejido.

Traté en vano de llamar a Guillermo, pero él nunca se asomaba cerca de la habitación que yo ocupaba, así que empecé a arañar y a patear lo que encontraba abajo o a mi lado. Escuché cómo barrí los pedazos de la lámpara en el piso hasta que varios de ellos se hundieron en mi pierna derecha.

Seguía sin creerlo. Janeth no se despertaba, Guillermo no aparecía y los patojos habían dejado de jugar pelota.

Cama y mesa me impedían levantarme. Con los dientes jalé la sábana de la cama. La fría mano de Janeth colgaba casi tocando mi vientre. Lo único que se me ocurrió fue tirar de su brazo para que al caer sobre mí despertara. Con la cabeza, el hombro y uno de mis brazos, no recuerdo cuál, logré que el cadáver de Janeth cayera sobre mí.

Por eso es que cada vez que Guillermo me viene a visitar a la Granja Penal de Pavón, dirige con asombro sus ojos hacia mi vientre. Nunca se ha atrevido a preguntarme si fue mi verga o qué lo que mató a Janeth. Yo también he preferido no preguntárselo a las autoridades.

Ciudad San Cristóbal-Guatemala, 1998

**ANTONIETA, MI AMOR**

*A Estando Prado*

1

Abre la puerta del refrigerador y bebe a boca de jarro medio litro de leche descremada.

Encuentra un mensaje en el espejo del baño en el que lee “te amo, no me despertés cuando llegués porque mañana llevo a los niños a la excursión. Tu pichona”.

—Estúpida. Cómo te voy a despertar si no quiero escuchar ni una sílaba que salga de tu pastosa boca.

Enciende el televisor. Durante cuarenta minutos observa entre espaciados cabeceos la película pornográfica en la que dos lesbianas pelean por truncar la virginidad de una colegiala.

Cuando despierta, la película ha terminado y se queda con la duda de si la trigueña derrotó a la rubia, de quien colgaban dos pechos de antología.

Se quita los zapatos. Inserta dentro los calcetines Pierre Cardin. Avienta sobre los sillones de la sala su pantalón de traje negro y extiende la camisa de vuelos que repetirá dos días más.

En el baño lee nuevamente la nota, la cual arruga y arroja con desprecio dentro de la taza del inodoro, que acaba de presenciar su última sacudida de pene.

2

Entra al dormitorio. Lo reciben los estertóreos ronquidos de Antonieta. El espantoso ruido le hace recordar por segundos quince años de su vida marital, de desvelos e insomnios al costado de una locomotora.

En calzoncillos y camiseta, tras cobijarse con las sábanas y el edredón, zangolotea una y otra vez a Antonieta, quien por breves segundos desconecta los ronquidos. Pero al término de un placentero silencio echa a andar la máquina de vapor a todo pulmón.

—Maldito serrucho.

Lorenzo cubre sus orejas con una de las almohadas y permanece bocabajo hasta que el sueño tiene más intensidad que la chimenea que bufa a su lado. La trigüeña, devorándose a la jugosa adolescente, empieza a pasar por su mente como una imagen silente entre sus sueños.

La colegiala está nerviosa. Se ha quitado la blusa blanca y está a punto de entregarse a la ganadora. Hace frío para ser su primer contacto sexual.

Lorenzo es un tipo que tiene el sueño ligero. Cualquier ruido o algún movimiento inusual lo

despierta al instante. No se diga las teclas de la máquina de escribir de los vecinos del apartamento de arriba que martillan por las madrugadas sus oídos dos o tres veces por semana.

Su posición para dormir es parecida a la de un feto, aunque nunca duerme en una sola postura. A veces amanece enroscado en los enormes brazos de Antonieta; otras, con la mitad de las sábanas tiradas al suelo. De vez en cuando abre los daltónicos ojos cuando Antonieta le devuelve una patada que lo avienta de inmediato a la alfombra.

3

Pero ahora lo despierta el deseo de terminarse el último medio litro de leche. Los ronquidos de Antonieta continúan zumbando en el pabellón de su oreja, así que decide levantarse, ponerse las chancletas, dirigirse a la cocina y beber hasta exprimir la leche. Por momentos trae a su mente los pechos de la rubia. Saborea una y otra vez hasta que la sed lo obliga a ponerse en pie y asaltar la refrigeradora.

De regreso echa un vistazo a sus hijos y cierra la puerta de sus habitaciones. El reloj apunta las tres de la mañana. A lo lejos escucha bramidos de gatos. Piensa en las lesbianas y sonríe sarcásticamente al lamentar el desperdicio de carne que generan esas relaciones. Vuelve a su cuarto con la luz apagada.

De nuevo observa entre la oscuridad el reflejo de la deforme silueta de Antonieta. Recuerda que



en los últimos meses ella ha incrementado considerablemente de peso. Gasta más de la mitad de su sueldo en comida de lata, cartón y albúmina. Ahora compra exclusivamente en tiendas de ropa usada traída en pacas del norte, ya que en ninguna boutique encuentra prendas de su talla.

También recuerda lo infeliz que se ha convertido su vida al lado de Antonieta. Es curioso. La ama tanto, pero a la vez la aborrece con toda el alma. Salen juntos de paseo. Visitan con los niños el zoológico. Por las noches la invita a cenar a algún restaurante vegetariano, pero el matrimonio transcurre alimentando su odio hacia ella y hacia lo que Antonieta no era. No concebía haber contraído matrimonio y peor aún procrear tres hijos.

Durante los quince últimos años de su vida ha rechazado la idea de no ser más un poeta, sino un padre de familia que pasea a su mujer y a sus hijos los domingos.

4

Cuando se da cuenta está con los ojos clavados en la pared, donde se empieza a reproducir la escena en la que las dos lesbianas disfrutaban a la adolescente, quien sonríe con satisfacción al sentir sus pechos completamente inflamados.

Ahora la rubia y la trigueña hacen el amor y tratan de satisfacerse hasta encontrar el placer en

sus vulvas. Una de ellas se come los labios vaginales de su compañera y la otra gime mientras chupa los dedos de los pies de la otra.

En ese momento Lorenzo se da vuelta hacia el centro de la cama y la escena se congela en las dos guerreras con la inocencia de las modelos de la *Play Boy*.

Vuelve a escuchar el concierto de ronquidos de Antonieta. Sin embargo, sueña que está nadando en medio del océano y que dos orcas se lo disputan. Una de ellas está casi acabando con la otra y se prepara para darle la primera dentellada a su presa. Lorenzo intenta salir del agua con terror. Uno de sus brazos, el derecho, golpea la nariz fría del cetáceo. En cada uno de los huesos de su mano siente la piel del gigantesco animal que se aleja de inmediato al sentir el impacto del golpe en su cabeza. Antes de la segunda embestida, Lorenzo vuelve a atacar hasta que la sangre de la orca corre entre sus dedos.

Con sorpresa, abre los ojos y siente que un fuerte golpe se clava entre su pecho cuando ve la cara de Antonieta bañada en sangre. Su nariz está completamente destrozada y trata de decirle algo que se asemeja a un ¿por qué?

Lorenzo contempla cómo se pierde la vida de Antonieta entre sus brazos. La sangre de su

infortunada esposa ha teñido las sábanas y el largo cabello negro, que aún descansa en la almohada, está siendo testigo presencial de la muerte. Piensa en salvar a su compañera, pero también sonrío cuando se recuerda de los tiros de gracia y los arpones certeros. Se dice a sí mismo que con sólo apretar su garganta ella estaría completamente fulminada y para siempre. No en balde ha presenciado durante tantos años las corridas de toros en la TV española. Cuántas veces se vio vestido como Paquirri y cortando la oreja del último miura de mil doscientas libras. Curiosamente, ahora que su esposa agoniza vuelve a sacudir el capote y está a punto de lanzar la estocada mortal.

A lo lejos, el llanto del más pequeño de los hijos clama por el acostumbrado biberón de la madrugada. Lorenzo, molesto, le grita y lo amenaza con golpearlo si no se duerme inmediatamente. Está parado frente a Antonieta, quien sin comprender y con lágrimas en los ojos se ahoga con su propia sangre, que entre hierro, colesterol y glóbulos blancos se traga gota a gota.

6

Da gritos en el dormitorio de sus hijos. Los apura. Luego de darles dinero para la refacción explica a ambos que mamá no los llevará a la excursión. Ella está dormida y no la vamos a despertar porque pasó mala noche.

francisco alejandro méndez

El taxi se va a toda prisa. Cierra la puerta y un temblor saluda su vientre. No comprende por qué tiene frío y está tan desvelado. Tampoco está seguro de si Antonieta murió de asfixia o con el último golpe.

La película de anoche hizo que estuviera excitado como cuando era adolescente. Cuchillo en mano, entra al baño y llena la tina con agua caliente. Frente al espejo cree escuchar que su mujer lo llama para desayunar. Sonríe. No sabe cómo cargará el cadáver. Los muertos pesan más. Hasta en eso ella está satisfecha. Maldita. No puedo cargar una bola de carne de doscientas veinte libras y tirarla a la basura como hice con el estúpido papel. Son demasiadas libras para almacenarlas en la refrigeradora. La pared es muy estrecha como para enterrar su cuerpo. Además, no tengo un gato negro que la devore. Asegura el tapón de la bañera, se desnuda y mete su cuerpo dentro del agua, que está a punto de hervir. Cierra los ojos y se acuerda de la estúpida orca que quiso atacarlo. Se masturba pensando en la colegiala de la blusa blanca. Eyacula en el agua caliente de la bañera. Sonríe otra vez.

Cerrito del Carmen, Guatemala, 1997.

Este libro empezó a imprimirse en La Reformita,  
Guatemala, el 24 de septiembre de 2007, presione  
Ctrl+P para terminar de una vez por todas.

